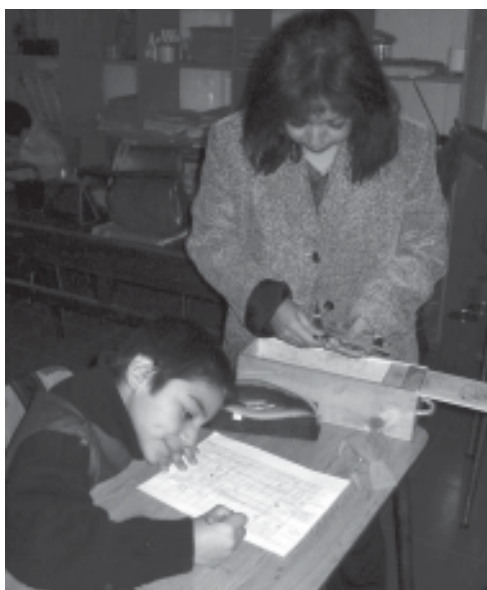


Afecto y preocupación: Claves para la convivencia en contextos vulnerables

La convivencia escolar es posible de construir en cualquier tipo de circunstancias, si es que se es capaz de hacer frente, como comunidad, a los problemas de la escuela. Eso es lo que hacen en la Escuela República de Chipre, un establecimiento municipal de la comuna de La Reina de gran vulnerabilidad social al que llegan muchos alumnos repitentes o que han sido expulsados por conducta, pero que, sin embargo, ha sabido construir un clima escolar positivo. La confianza, el afecto y profesores que ofrecen sus horas extras para preocuparse de los niños más deprivados han sido los pilares de las buenas relaciones humanas que se han gestado en esta escuela.

Un árbitro, con sus respectivos pito y tarjetas, y dos guarda líneas, ninguno con más de siete años, entraron a la cancha de la Escuela República de Chipre durante el recreo. Esto, según los alumnos del segundo básico, ayudaría a que en las «pichangas» hubiese justicia y los niños pelearan menos. Pero esta idea no nació de la nada, sino que la profesora jefa, Ximena Villavicencio, basándose en actividades entregadas por el Programa «En la escuela aprendemos a convivir» del Cide¹, hizo el

¹ Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación.





siguiente procedimiento: llamó a los niños más desordenados y peleadores del curso y les relató una situación similar a la que viven cotidianamente para que luego la actuaran frente a sus compañeros. Ésta consistía en que dos niños del curso se organizan para jugar un partido con el otro curso durante el recreo. Ellos, como siempre, deciden quiénes jugarán y definen las posiciones, dejando de lado a los que juegan mal, o simplemente a los que no son sus amigos. Los marginados se acercan a los líderes para pedir jugar y éstos se burlan, los rechazan y los empujan.

Terminada la actuación de los pequeños, la profesora pregunta al curso cómo resolverían este problema. Organizados en los grupos en los que habitualmente trabajan, conversan de lo sucedido, lo escriben en un papel y, luego, un representante por grupo lo expone frente al curso, para después terminar con conclusiones generales y una resolución al conflicto. «Fue así como, junto con potenciar el trabajo grupal y colaborativo, desarrollar las habilidades de expresión oral, corporal y escrita, juntos pudimos llegar a resolver un problema



concreto, solución que día a día se pone en práctica en los recreos. Ahora hasta los malos y los gorditos tienen un rol en la cancha», dice orgullosa la profesora.

Como éstas, son muchas las actividades que periódicamente se realizan desde kinder a octavo en esta escuela de La Reina, desde hace dos años. El proceso comenzó con un diagnóstico de la convivencia hecho en conjunto entre los profesionales del establecimiento y el equipo del Cide, en donde se logró la apertura de un espacio de reflexión de los docentes. Luego, se entró en una etapa de capacitación en el que se revisó el rol del profesor y se aprendió cómo, en la práctica, llevar los OFT (Objetivos Fundamentales Transversales) a la sala de clases.

Ximena Villavicencio reconoce que «desde ahora me resulta súper fácil trabajar los OFT y la actitud de los niños ha ido cambiando». Sin duda que lo anterior ha sido importante para mejorar la convivencia en esa escuela, no obstante, hay acciones que a veces parecen invisibles, que son tan o más importantes aún en la formación de un clima escolar cálido. Son esas actitudes que pasan a ser parte del curriculum oculto o implícito que, sin embargo, aportan importantes valores y un ambiente de armonía en la escuela.

En la sala del 2° A, día a día se vive el compañerismo. Los alumnos más aventajados son monitores de sus pares y les ayudan a comprender las materias difíciles. Así, también, la profesora desarrolla un conjunto de actividades que complementa este clima afectivo. Por ejemplo, diariamente pone en común los problemas o dificultades de los niños para que se apoyen mutuamente. «La semana pasada, dos compañeros se habían subido a la micro como a las 11:30 de la noche, y son chiquititos. Entonces, yo hice que mis alumnos opinaran sobre el tema. Ellos les comentaron sobre los peligros que corrían haciendo aquello y les recomendaron no volver a hacerlo».

En otra ocasión, Ximena les contó que tenían un compañero operado del corazón. Incluso, el afectado mostró su tajo frente a todos y, desde aquel día, hasta los más revoltosos se preocupan de no pasarlo a llevar para que no se caiga, ejercitando así la empatía frente a los problemas de los otros. Fue así como la violencia de la guerra en Irak

también estuvo presente en estas conversaciones cotidianas. Los niños expresaron sus opiniones haciendo dibujos donde mostraban su preocupación por que morirían niños y diciendo que los que iban a la guerra eran malos.

Por supuesto que en este colegio, al igual que en otros, existen problemas de violencia intrafamiliar, consumo de ma-

rihuana, familias desestructuradas, entre otras cosas; situaciones que hay que enfrentar a diario. La profesora sabe, por ejemplo, que ella no puede mandar comunicaciones negativas a ciertas casas porque se corre el peligro que el niño vuelva golpeado. O que, en algunos casos, los niños pasan toda la tarde en la calle y nadie se preocupa por ellos. Ante esto, Ximena impone su vocación y les hace reforzamientos en horas extra. A los pequeños más abandonados, los mantiene toda la tarde en el colegio. Además, se ha preocupado de tener una relación estrecha con los apoderados. Todos cuentan con su número telefónico de la casa para que la llamen en caso de tener algún problema. A menudo, ella también llama a sus alumnos a sus casas para asegurarse de que están bien y de que no han sido maltratados.

Junto a los esfuerzos que hace cada profesor, cuentan con el apoyo del Centro Comunitario de Salud Mental Familiar de La Reina (Cosam), donde



los niños y sus familias son derivados cuando sus situaciones se escapan del alcance de los maestros. Pero incluso, para solucionar problemas de traslado de los niños, a veces son los mismos profesores los que los llevan al centro. Además, consiguieron que una psicóloga atendiera directamente en el establecimiento educacional para así evitar

que los padres, por distintas razones, evadieran esta responsabilidad.

Algunos apoderados, por su parte, también colaboran en ciertas tareas del colegio. Hay un par de mamás que van a la hora de almuerzo a la sala y le ayudan a los niños a abrir sus termos con comida y ven que se alimenten bien. Otras, van en las tardes y cumplen el rol de monitoras con aquellos niños que tienen dificultades de aprendizaje.

En definitiva, como explica Ximena, el mejoramiento de la convivencia ha trascendido más allá de los alumnos. «Los apoderados, en las reuniones, se han abierto a escuchar las experiencias de sus pares. A la vez, los profesores dejamos de trabajar aislados, se formó un grupo colaborativo. Antes, cada uno era una isla. Ahora, como vivimos todos en el sector de Villa La Reina, nos juntamos incluso en nuestras casas a ver cómo podemos afrontar las dificultades y a planificar nuevas actividades».

